

Teodosio Fernández (selc. e intr.). *Teoría y crítica de la Emancipación Hispanoamericana*. Alicante. Edc. del Instituto de Cultura «Juan Gil-Albert» y Comisión del V Centenario del Descubrimiento de América. 1997, 336 págs.

Escasamente difundida, esta interesante colección llega a su decimotercer volumen (uno más de los programados según la Introducción de la profesora Sonia Mattalía) primera circunstancia que celebramos dada la necesaria contribución que está desarrollando en el conocimiento de unos textos en muchas ocasiones de difícil o dificultoso acceso, pero de sumo interés para el conocimiento del pensamiento crítico-literario hispanoamericano.

Sin duda ese es el caso del que presentamos, en el que el profesor Teodosio Fernández selecciona puntuales y pertinentes escritos de Camilo Henríquez (1769-1825, Andrés Bello (1781-1865), José María Heredia (1802-1839), Esteban Echeverría (1805-1851), Juan María Gutiérrez (1809-1878), Domingo Faustino Sarmiento (1811-1888), Salvador Sanfuentes (1817-1860), José Victorino Lastarria (1817-1888) e Ignacio Manuel Altamirano (1834-18939). Como puede apreciarse, las dos generaciones que encuadran la independencia americana, e inauguran, en consecuencia, la supuesta «emancipación literaria y mental» de las nuevas repúblicas.

Introduce la antología una personal y autorizada reflexión sobre los textos, que el profesor Fernández ha dividido en tres partes: ¿Neoclásicos frente a románticos?; Literatura e independencia política; En busca de la emancipación mental. El primer apartado se centra en la célebre controversia que sostuvo Sarmiento frente a Bello, José María Núñez y Salvador Sanfuentes, entre otros, iniciada sobre asuntos filológicos (la soberanía del pueblo en asuntos del idioma) y ampliada más tarde a cuestiones de «expresión americana» o «literatura nacional» enfrentadas a la cultura española, que se estimaba en decadencia. Pero como pone de relieve el profesor Fernández, más que disputas estéticas fueron diferencias de planteamientos políticos los enfrentados, y en todo caso una falsa polémica porque Bello «nunca se había cerrado a las novedades». Dado el cariz que presentó el romanticismo, que por su oportunidad cronológica privilegió una literatura de aspiración nacionalista, y preocupaciones sociales y de progreso (desechando desde el inicio la otra vertiente de evocación medievalista y exaltación católica), las «diferencias entre neoclásicos y románticos parecían diluirse» con mucha frecuencia. La obra de José Mármol, José Eusebio Caro, Gregorio Gutiérrez González, Rafael Pombo o, entre otras, la de Gertrudis Gómez de Avellaneda, son presentadas como corroboradoras de que en la práctica literaria se muestra esa misma continuidad, de que el eclecticismo entre lo clásico y lo romántico fue una tónica bastante generalizada. La independencia determinó la teoría y la práctica literaria a partir de 1810. A revisar los escritos sobre el tema (escasos los teóricos en el inicio, que inaugura el chileno Fray Camilo Henríquez en la segunda década) se ocupa el segundo apartado. A partir de la invasión napoleónica en la península, en 1808, por toda Hispanoamérica se desató un verdadero clamor por el ideario de la Ilustración

unido al independentista: tolerancia religiosa, derechos individuales y sociales, libertad intelectual y política, sociedades igualitarias y republicanas. De forma que «Las luces quedaron por completo al lado de quienes luchaban por la emancipación, frente al oscurantismo de una España despótica e ignorante». Durante la etapa bélica (1810-1825) aunque con distintos enfoques y la manifestación de una cierta evolución, prevalecen, coherentemente, las actitudes radicales en ese pensamiento, que pronto dieron paso a una más pragmática o moderada, como evidencia el propio Bolívar. La literatura dejó un minucioso testimonio de todo ello, sobre todo la poesía, que marcó más que ningún otro género la evolución de los gustos: sin abandonar la actitud crítica y las intenciones moralizadoras de la primera generación, fue acusando la confianza en la educación que caracterizó cada vez más a la segunda. «Se trataba —dice el prof. Fernández— de difundir las verdades dictadas por la razón y de buscar inspiración en los sucesos bélicos para fomentar el sentimiento patriótico». En un detenido análisis de los escritos teóricos y prácticos del Andrés Bello, cuyas orientaciones marcarán la obra del cubano José María Heredia y señalarán las orientaciones que habrá de seguir la literatura hispanoamericana posterior, ofrece una lúcida y cumplida cuenta de la gran significación de este humanista venezolano, y de la exacta lectura que debe hacerse del cubano. Y por fin, en el último apartado, se revisan las aportaciones en busca de «la emancipación mental» desde las aportaciones neoclásicas (Bartolomé Hidalgo, Vicente López y Planes, o Juan Cruz Varela) a la generación romántica (Esteban Echeverría, Juan María Gutiérrez, Domingo Faustino Sarmiento, José Victorino Lastarria o Ignacio Manuel Altamirano, entre otros), incidiendo en el primer y más fecundo de los núcleos de actividad literaria —el argentino— que surgió tras la emancipación, y en la generación que surge en Hispanoamérica a partir de 1830, coincidiendo con la irrupción ya decidida del romanticismo, que añadieron al programa de Bello nuevos contenidos y (sin rupturas, pero con importantes matizaciones que oportunamente se señalan) se pusieron a la búsqueda de principios como la originalidad y el nacionalismo, con el fin de exaltar lo propio: naturaleza, historia, costumbres, sentimientos, etc. es decir de una literatura entendida como reflejo de la vida del pueblo. Un americanismo riguroso que durante mucho tiempo habría de fecundar todas las manifestaciones consideradas más legítimas de la literatura hispanoamericana. Pero tal vez la contribución de mayor trascendencia de estas reflexiones estén en el énfasis con que se defiende la evolución (que no ruptura) del pensamiento iluminista y el magisterio de Bello en la generación romántica.

Por todo ello, estamos ante una antología de valor inestimable para el estudio de este período de la literatura hispanoamericana.

MARINA GÁLVEZ ACERO
Universidad Complutense de Madrid